

F. GAMBOA.

otras menudencias de vida privada que con prudencia omito.

No quiero verlo más, me apena notar lo impresionado que se halla; se ha quitado el sombrero y desde la escalera oigo su vocecita temblorosa al exclamar:

—¿Dan ustedes su permiso?... .

Me tapo los oídos para no escuchar la respuesta y me alejo con filosófica resignación.

—¡La Academia y la Prensa le sean leves!

FEDERICO GAMBOA

México, 1888

---

---

## El Mechero de Gas

### I

Se conocieron en cualquiera parte y al poco tiempo se casaron.

Ella se había ganado todas las simpatías por la dudosa fidelidad de su marido.

Rara vez se les veía juntos y, sin embargo, nadie se había atrevido á empañar su reputación, gracias á su serio continente y á la severidad de sus costumbres.

Casi se consideraba equitativo que Elisa optara por las represalias, y nada, contenía á los más atrevidos rondadores con sólo fruncir su primoroso ceño.

Hubo quien asegurara, maliciosamente, que para el matrimonio—efectuado con mucha elegancia—no había sido el amor verdadero y desinteresado, agente principal; pero el hecho fué, que durante la efímera luna de miel, casi se llegó á contar con una pareja de más como Dios manda.

Se les vió en los paseos y diversiones, colgándose ella del brazo de su esposo, retardando el andar, y con toda la hechicera monería de la re-

cién casada, empezar frases con los ojos para concluir las con los labios, aprovechando el paso de un carruaje ó la mortecina luz del día poniente. El caminaba á su lado, dando á conocer á pesar de sus indiscutibles derechos, el agresivo malestar que origina acompañar en público á una mujer bonita.

En medio á tanta ventura, surgió para desgracia de ambos, una escasez de recursos insostenible, que, sin consideraciones, vino á interrumpir el dulcísimo dúo de amor inaugurado al pie de los altares.

Llegó el primer disgusto con todo su cortejo de palabras malsonantes á provocar lágrimas que Javier no supo ó no quiso enjugar en aquella vez. Se dió por sentido.

Por la noche se recogió tarde, arrepentido y con deseos de reconciliación. Al ir á hablar á Elisa, una criada le anunció que la señora se sentía mal. Hubo de fingir anterior conocimiento de la indisposición, por el buen parecer, y en el fondo, casi se alegró de la ocurrencia que justificaría su conducta subsecuente. Al fin y al cabo él era el marido y el dueño de la casa. Se podía retirar á la hora que más le conviniera, pues no estaba de esclavo, y de vez en cuando irse de fonda con amigos. Y al acostarse, convino consigo mismo en que había nacido para ser completamente libre.

Cargábale la sujeción doméstica.

Se habían roto las hostilidades. Mentalmente, recorrió Javier á los pocos amigos que frecuentaban su casa y no encontró ninguno de riesgo. Temía el futuro.

Elisa, de su parte, no había tenido jaqueca, sino ganas de llorar á solas la primera inconsecuencia; hasta llegó á pensar en irse con su padre. Su femenil dignidad, herida en lo más sensible, le abultaba fantásticamente la ofensa recibida y le hacía ver en su marido algo como un monstruo. En vano esperó que Javier insistiera en verla, siquiera para desearla alivio. Cuando éste hablaba con la criada, se levantó temblando de emoción y esperando un discreto golpe en la puerta que inmediatamente hubiera cedido, estaba abierta. Por poco si no la abre ella misma y se da por satisfecha con su conato de enojo; pero la indiferencia de Javier mató sus pacíficas y amorosas intenciones.

Lloró por segunda vez en ese día, ahora de despecho. En nada la tenían, luego valía poco y sólo pasajeras ilusiones habían determinado tales y cuales frases cariñosas. Todo era mentira, y mientras buscaba el remedio con la mirada fija en un dibujo de la alfombra que no miraba, se acordó sin querer de lo que le predijo, cuando pequeña, un primo suyo al encontrarse desairado.

—¡Nadie te querrá como yo!

Pobre primo, cuánta razón tuvo, y que desgraciada era.

Se acostó de nuevo y siguió pensando en el primo que había sido muy malo, proponiendo juegos que entonces llevaban á cabo y cuyo recuerdo la enrojeció. Pensó después, ya vencida por el sueño, en un sombrero que había visto por la tarde, y se durmió, deseando un rubio chiquitín que le sirviera de consuelo.

A la mañana siguiente, ya entrado el día, se despertó creyendo que el niño llegaba conducido por manos invisibles é hizo una mueca de disgusto al ver en la apacible semi-obscuridad de su habitación, que era la criada que le llevaba el chocolate. Esto la puso de un humor negro y le quitó la gana de tomarlo. Despidió á la muchacha y se incorporó en el lecho alcanzando á verse en el espejo colocado sobre un confidente; tenía ojeras y estaba pálida.

Se vistió, decidida á provocar una formal explicación con su marido, y no cató el desayuno. Javier había salido temprano, salió ella también, pero volvió al poco rato sin haber hecho nada. Abrió el piano sin tocarlo. Apoyó su rostro en la mano y entonces gimió el instrumento, distraídamente lastimado por el codo de su dueña. Se aburría, se sentía mala, nerviosa. Pidió los periódicos del día que aumentaron su aburrimiento y tomó por último una labor encantada de la que sólo se conoció el principio. Inclínada sobre ella la encontró Javier, que se acercó de puntillas para darle el beso acostumbrado, que ella no pudo im-

pedir gracias á la sorpresa. Anunciaron la comida.

Por conservar incólume el principio de autoridad, tan necesario para la vida doméstica, no tuvieron un altercado delante de la servidumbre; limitáronse á cruzar poquísimas palabras con embarazosa cortesía.

—Tengo que hablarte—dijo Elisa al levantarse.

—Al momento—contestó Javier encendiendo un cigarro.

Se dirigieron á la piececita que por convención llamaban despacho. No era él hombre de letras.

Grave debió de ser la explicación, cuando á las siete de la noche aún no se separaban. La curiosidad de la criada se estrelló ante el buen sentido de los cónyuges que no levantaron la voz más allá de lo permitido por el buen tono. Ello es que al salir, tenían aire de buenos amigos y parlotearlo se fueron juntos al teatro.

## II

Cambió la escena y concluyeron los disgustos aunque se miraban con poquísima frecuencia.

Habiale caído á Javier, sin solicitarlo según decía, un empleo magnánimamente remunerado en un ministerio que mucho lo ocupaba.

El ministro lo trataba con predilección, pareciendo que se hubiera propuesto labrar su suerte, y la de la familia que con el tiempo pudiera procrear.

Las distinciones de que fué objeto, provocaron un cisma oficinesco entre los compañeros. Múltiples conversaciones dieron por resultado el abandono de algunas tareas urgentes que comprometieron la estabilidad del jefe de la sección, cómplice solapado de la revuelta. Las sumas que como extraordinarias percibía aquel intruso, debían ruborizarlo si conociera la vergüenza. Se idearon anónimos, que reprobó enérgicamente el oficial de partes, gran tirador de armas y muy versado en asuntos de honra: había debutado como árbitro en una cuestión enojosísima entre el portero, viejo gruñón y reumático, y un escribiente que hacía vida de soltero en un hotel mediano y que no podría soportar que se apuntara en un libro la informalidad de sus llegadas, por ser ofensivo al buen nombre de un caballero que se estima en algo—y parece ser que éste se dispensaba acendrado cariño.

De común acuerdo se resolvió tomar una determinación que diera á conocer su posición de empleados dignos que no toleran vilipendiosa sujeción á un desconocido, que ignoraba las más insignificantes labores del despacho.

Se concedió voz y voto á dos meritorios con gratificación.

La mayoría optaba por una protesta escrita atentamente y que por correo interior recibiría el ministro, pero el plan no se llevó á cabo temiendo los arranques biliosos de su excelencia. Un oficial

quinto, hombre muy práctico, logró convencerlos de que nada debía de llevarse á cabo antes de percibir la quincena próxima.

Javier, con admirable instinto, comprendía que sus bonos no disfrutaban de gran demanda, y prodigaba cigarros, sonrisas que algo calmaron los odios enemigos, y alguno que otro día—en que no salió de Palacio en el coche del ministro—invitó á cinco de los más rabiosos á una copa gratuita que si no hizo desaparecer por completo los inofensivos rencores, fué bastante para conjurar la tormenta. Llegaron á encontrar chiste en sus conversaciones y elegancia en su vestir.

Se hizo admitir como socio de número en el British Club, del que volvióse asiduo y desvelado concurrente. Faltaba á su trabajo en las mañanas para entregarse al sueño, y por las noches al tálamo, para hacerlo á sus correrías.

Elisa, no volvió á reconvenirle por esos abandonos nocturnos; y en vez de ganarse una destitución, lo sorprendieron al mes siguiente en el Ministerio, con un sobresueldo por trabajos reservados de la secretaría.

Creyó llegada una época bonancible y se propuso aprovecharla. Aún era joven.

Obtuvo los favores de una figuranta de nacionalidad de circunstancias, á la que llamaba “su artista” y con la que gastó algún dinero y los anémicos restos de su reputación. La retiró de la escena para ir y ocultar la dicha de su victoria en el en-

tresuelo de una calle poco concurrida, que, bien amueblado, fué varias noches testigo paciente de coloquios apasionados. Solían concurrir otros socios del club, y hasta organizaron en cierta ocasión una reunioncilla casi bailable, amenizada con los acordes destemplados de un organillo callejero.

El ministro, á quien ya trataba con intimidad, lo animaba en sus empresas, lamentándose de no poder acompañarlo por lo elevado de su posición y alabándole su gusto por la partiquina; se iba haciendo el hombre indispensable para sus confidencias y para disipar los nublados matrimoniales.

Cuando temía seria y fundadamente haberse ganado una reconvencción de su mujercita, que en obsequio de la verdad se las hacía rarísima vez, se presentaba de bracero de su distinguido amigo, delante del que era imposible tener el menor altercado por ir de por medio el diario sustento, ganado tan descansadamente.

La primera ocasión en que se quedó á comer con ellos, empezaba apenas Javier su vida desordenada, y Elisa á entrar en el menguante de su cariño.

Como no es cualquier cosa invitar á un ministro y más si se trata de uno que tenga fama de sibarita, se agregaron algunos platos traídos de la fonda, al doméstico y vespertino *menú*, se tostó pan y salieron á relucir una tetera de *christofle* y unas servilletas bordadas de rojo. Al entrar en el saloncito, donde se tomó el té, y al aspirar el hu-

millo aromado y casi invisible de la celeste bebida, el ministro los cumplimentó diciéndoles que se estaba muy bien allí. Javier suspiró de satisfacción y Elisa derramó una taza. La conversación era general y sobre asuntos de poco interés, exceptuando promesas embozadas y poco comprometedoras, lanzadas por el ministro, y que Javier no echó en saco roto.

Elisa en el piano tuteó á Chopin, disfrazó á Verdi y comprendió á Capitani. Su excelencia aplaudía. Estaba tan fuerte en música como en el ramo del ministerio de su cargo.

Al cerrar el piano, un péndulo marcaba las doce. Se levantó el ilustre visitante marchándose muy complacido de la hospitalidad recibida. Hacía tiempo que no pasaba mejor una velada, trabajaba tanto y tenía tales disgustos! Precisamente en esa tarde había estado en conferencias con un periodista de oposición que prometió no volver á atacarlo, siempre que se le autorizara á visitar la Tesorería, mensualmente por lo menos. El era así, tenía la creencia de que el dinero es un gran elemento. A Javier le chocó la teoría, pero los deberes de dueño de casa lo obligaron á no impugnársela y á acompañarlo galantemente hasta el recibidor. Al volver á la sala se oyó partir el cupé ministerial. Elisa golpeaba distraídamente los cristales del balcón.

—¿Qué haces?—le preguntó.

—Aburrirme—contestó ella, y ambos se lanzaron un glacial “buenas noches.”

## III.

Si Javier hubiera tenido que lamentar la falta más ligera de su artista, tal vez habría vuelto sobre sus pasos y tratado de encontrar en su mujer propia el afecto que rehusaba venderle una postiza. Pero por el contrario, sus ilícitas relaciones caminaban como sobre un mar calmado y circundado de horizontes multicolores y voluptuosos. No le había encontrado otro defecto que su afición á gastar. Cada salida á compras lo alarmaba, porque las hacía en cantidad abrumadora. Y luego, no podía hacer el serio ante sus despilfarros; era tan graciosa y tenía cada ocurrencia, que parecía una chiquilla malcriada. Contrariarla abiertamente provocaba funestas consecuencias; hubo vez, que en un disgusto rompió una luna biselada y con marco de terciopelo. Bonita estaba ella para aguantar nada á nadie teniendo un porvenir abierto y luminoso. Con contratarse, estaba salvada y podría disfrutar de completa independencia.

Otras ocasiones, le daba por las lágrimas y era de ver la cara que ponía Javier pidiéndole perdón por imaginarias faltas.

Al fin y al cabo en el ministerio había tropezado con una mina que nunca dejó de darle lo que le pedía, y un gasto más ó menos poco le importaba. ¿A qué amargar su vida y la de esa chica voluntariosa?

Llegó á pasar, pretextando una excursión al campo, ocho días sin ver á Elisa, que no le hizo la menor observación á su regreso. La encontró casi cariñosa y con sólo una exigencia: mudar de casa. ¿Cómo negarse, si en su interior comprendía lo injusto de su conducta de esposo? Le dió amplios poderes y no tardaron en encontrar una lujosísima habitación en el centro de la ciudad. Todos los detalles del buen gusto podían satisfacerse pagando una renta relativamente corta: campanilla eléctrica, alumbrado de gas, techos estucados, grandes cristales, chimenea que nunca había que encender pero que hermoseaba notablemente el salón, todo lo tenían. Mucha maña tuvo que darse para conciliar la asistencia á su hogar durante la translación, con las visitas diárias á Amalia su artista, que no veía con buenos ojos ese cambio de vida. Notaba que Javier la quería con más calma desde que frecuentaba de nueva cuenta el trato con Elisa. Fingió celos que no toleró él por propio decoro, y esto ocasionó un rompimiento muy comentado entre los del Casino á los que no quiso dar explicación ninguna. Ocultó el dolor que la quiebra le causaba, y allá á sus solas; se entregaba á sus recuerdos que eran muchos. Para curarse, quiso revivir el afecto de Elisa, que profundamente herida en su amor propio, más que en su cariño, apenas si conservaba los jirones de la ilusión que en un tiempo le inspiró Javier. Ahora la encontraba indiferente, preocupándose casi nada de la amable verbosidad con que

le hablaba. Salía mucho á la calle y siempre sola; en la casa se ocupaba muy poco de criados y demás gentecilla. Tocaba y leía algo, no cruzando con Javier más que las palabras indispensables; excepción hecha de cuando arreglaron de común acuerdo una pequeña recepción para estrenar el nuevo domicilio.

Formada la lista de invitados, resultaron pocos, pero escogidos. Unas primas de Elisa, de notable belleza, en número de cuatro, formarían la parte débil de la fiesta; dos socios del club, amigos predilectos de Javier y el ministro ante todos. Mucho tuvieron que arreglar y hasta llegaron á salir juntos, así como en los buenos tiempos en que tanto se querían. Una tarde, tropicalmente tibia, casi á la puesta del sol, se dirigieron sin consultarse rumbo á la calzada de la Reforma, después de haber comprado lo indispensable. Ambos pensativos no se atrevían á interrumpir mutuas meditaciones. Apoyábase ella con gracioso abandono en Javier, quien sentía renacer su extinguido amor conyugal y lo manifestaba oprimiendo muy suavemente el brazo de Elisa que como distraída lo dejaba hacer, alegrándose en su interior de recobrar al descarriado con la sola influencia de sus encantos materiales.

Era la hora en que las niñeras recogen á su inquieto y parlanchín ganado, gruñendo en todos tonos por la retirada. Algunos rebeldes continuaban aún sus juegos, con la cabecita descubierta y las mejillas teñidas de púrpura por la agitación.

A la mortecina luz del día en sus adioses, se divisaban sus cabelleras acariciadas con desorden por la brisa, formar rizos imposibles y encantadores. Había un diablillo de ojos azules que corría sin descanso, describiendo curvas que hubieran formado la reputación de un arquitecto, hechas únicamente para evitar el regreso. Cada encuentro que evadía lo hacía reír, oyéndose su voz marchar en perfecto acuerdo con los trinos de los pajarillos al enviarse las buenas noches.

La voz del niño despertó en Elisa los instintos maternos, siempre abonados á diario en el corazón de la mujer.

Le entraron tentaciones de llorar.

Javier miraba el mismo cuadro arrugando el ceño y sin atreverse á darle la cara. Estaba positivamente avergonzado por más razonamientos que se hacía á sí mismo disculpando sus procederés. Sin observarlo, hacía un buen rato que habían detenido su paseo. Ya no había niños; las intermitencias de la luz eléctrica perfilando las sombras en duros contornos, parecían retar á los tenues y retardados fulgores del crepúsculo; y sin embargo, ni uno ni otro rompían el silencio, dirigiéndose á lo sumo miradas tan dulces como una caricia y caricias tan vergonzantes como una mala acción. La gente que á pie volvía del paseo, obligábalos á estrecharse, y el ruido de los carruajes los aislaba más de sus semejantes. Los faroles de los coches mirados de lejos simulaban ojos de monstruos veloces en una regata fantástica. A ratos, la estriden-